

BENJAMÍN HERRERA CHAVES*
In memóriam Edward Wadie Said

LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS EN ASIA CENTRAL Y EL MEDIO ORIENTE

El pasado 25 de septiembre murió Edward W. Said en los Estados Unidos. Con él se apagó una de las voces que más luchó por la causa del pueblo árabe desposeído de Palestina. Said fue un crítico acérrimo de la política de apoyo incondicional de las administraciones estadounidenses — republicanas o demócratas— a la política y las acciones deshumanizantes de todos los gobiernos que se han sucedido desde la creación del Estado de Israel en 1948. Igualmente, fue un crítico acérrimo de Yasser Arafat y de la Autoridad Palestina, así como de la utilización del terrorismo, particularmente de los asesinatos masivos a través de hombres y mujeres suicidas. Con la desaparición de Said la causa palestina pierde a uno, sino el más importante, intelectual que logró romper —en parte— el bloque de silencio, de ignorancia, de información sesgada que ha caracterizado el proceso de desposesión sistemática, violatoria del derecho internacional humanitario, de los derechos humanos y de las normas internacionales que los gobiernos israelíes han perpetrado y siguen perpetrando contra el pueblo palestino.

El gobierno del señor George Bush hijo, en los Estados Unidos de América, aprovechando la reacción mundial a los actos terroristas del 11 de septiembre del 2001, decidió llevar a cabo una política de consolidación de la hegemonía de su país sobre el sistema internacional y con ello

* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y relaciones Internacionales de la Universidad Javeriana, Bogotá. Correo electrónico: bherrera@javeriana.edu.co

Desafíos, Bogotá (Colombia), (10): 200-207, semestre I de 2004

terminó con cualquier apariencia que quedara de respeto a los acuerdos y a las estructuras multilaterales que ese mismo Estado había contribuido a construir al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Inicialmente, frente a la proporción del atentado, es decir, el número de víctimas civiles, el simbolismo de los lugares que fueron atacados y la percepción (errónea¹) de que se había vulnerado por primera vez la seguridad de este Estado, condujo a la mayoría de los actores internacionales, estatales y no estatales, a condenar irrestrictamente los hechos, a quienes los habían perpetrado y a situarse incondicionalmente del lado del gobierno estadounidense.² El choque de los hechos daba paso, paradójicamente, a cierta euforia en el sentido que después de todos los

desplantes del señor Bush y de sus principales asesores, desde el inicio de su gobierno, hacia los foros mundiales, los acuerdos y tratados multilaterales,³ la realidad del sistema conducía a una administración unilateralista a trabajar en coordinación y cooperación con los otros Estados y con las organizaciones internacionales, en particular con la ONU.

El desafío planteado a la gran potencia estadounidense por los fundamentalistas islámicos partidarios del uso del terror como arma política⁴ en su territorio y en cualquier parte del mundo donde haya presencia estadounidense se sitúa claramente en un plano no convencional con respecto a los tradicionales conflictos interestatales. El accionar de los grupos terroristas contemporáneos (de cualquier índole y no

¹ El 26 de febrero de 1993 se llevó a cabo un ataque terrorista al World Trade Center en Manhattan por parte de un grupo fundamentalista islámico. Al plantear la vulnerabilidad de la seguridad al interior del territorio de los Estados Unidos, no se toma en cuenta el atentado de Oklahoma, perpetrado por fundamentalistas de la extrema derecha blanca estadounidense en 1995.

² Baste recordar el editorial del director del diario *Le Monde*, Jean-Marie Colombani, al día siguiente de los atentados, titulado "Nous sommes tous américains" (Nosotros somos todos americanos [sic]).

³ Se hace referencia a los rechazos expresados por la administración Bush a la firma del Protocolo de Kyoto, relativo al cambio climático; al rechazo a la firma de la Corte Internacional de Justicia; al abandono del Tratado AMB, es decir, el tratado que prohíbe el desarrollo de misiles antibalísticos, y, en general, al desprecio mostrado por los principales asesores de Bush al sistema organizativo de las Naciones Unidas.

⁴ Los medios de comunicación han contribuido a crear una falsa ecuación que establece que todo fundamentalista es un practicante de la religión del Islam y un terrorista. Los fundamentalistas de cualquier credo o ideología son aquellos que consideran que los textos o tradiciones que dieron origen a sus creencias tienen aplicación literal en el mundo de hoy y del futuro. No todos los musulmanes son fundamentalistas y no todos los fundamentalistas islámicos consideran el uso del terror como un instrumento válido en la lucha por lograr sus objetivos religiosos y políticos.

sólo los que se pueden definir como fundamentalistas islámicos) se caracteriza porque carecen de referentes territoriales fijos y funcionan como redes flexibles transestatales, que aprovechan las ventajas que les proporciona el desarrollo de las comunicaciones y la gran movilidad de personas alrededor del mundo.

Estas características del terrorismo contemporáneo relativizan y cuestionan los medios militares convencionales (y aún más nucleares) a disposición de los Estados para defender sus intereses y su seguridad. Los grupos terroristas son 'fantasmas', enemigos 'invisibles', que se hacen visibles únicamente a través de sus hechos violentos y después 'desaparecen'. La gran mayoría de los analistas coinciden en señalar que la lucha contra el terrorismo, antes que un asunto militar, se inscribe más como un asunto que debe ser enfrentado por la policía y a través de las agencias de inteligencia.⁵ La lógica señala que una acción antiterrorista, dadas las características de quienes recurren a él, implicaría una cooperación creciente entre los actores internacionales.

Muy pronto la euforia de la percepción de un multilateralismo reencontrado dio paso a la decepción: la administración Bush supo utilizar la reacción de la opinión política y pública mundial para llevar a cabo una política de control militar y político sobre las regiones productoras y potencialmente con mayores reservas petroleras del Medio Oriente y de Asia central.

Contra la lógica a la que se hizo referencia más arriba, el gobierno estadounidense define una *guerra contra el terrorismo* en términos típicamente clásicos y convencionales. Aprovechando la necesidad de demostrar a la opinión pública nacional que sí se estaba afrontando el desafío terrorista y la presencia de Osama Bin Laden, presunto autor intelectual de los atentados del 11 de septiembre y líder de Al Qaeda, en Afganistán, la administración Bush decide invadir militarmente este país. La intervención militar⁶ de los Estados Unidos con el apoyo político y militar directo de la Gran Bretaña, en octubre de 2001, y el apoyo dubitativo pero irrestricto de la mayoría de los actores internacionales, todavía

⁵ Véase, por ejemplo, 'Le Groupe Multidisciplinaire sur l'action internationale contre le Terrorism (GTM): http://www.coe.int/T/F/Affaires_juridiques/Coop%E9ration_juridique/Lutte_contre_le_terrorisme/

⁶ Difícilmente se puede denominar *guerra* a los acontecimientos en Afganistán, dada la desproporción entre los recursos militares a disposición de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña y del régimen Talibán (literalmente estudiantes del Corán).

bajo el choque de los atentados de septiembre, termina con el régimen de los Talibanes⁷ e impone un gobierno que depende en todos los aspectos de los Estados Unidos.⁸

El siguiente eslabón en la 'guerra contra el terrorismo' de Bush fue Iraq.⁹ En el momento de escribir estas líneas, la opinión pública mundial tiene claro que los argumentos dados por Bush y sus asesores para invadir militarmente a Iraq, en la primera mitad de 2003, y derrocar el régimen de Saddam Hussein eran simples pretextos para controlar militarmente el segundo país árabe con mayores reservas conocidas de petróleo e instalar un régimen que respondiera a los intereses geoestratégicos y geoeconómicos de los Estados Unidos.

Las intervenciones militares en Afganistán e Iraq le permiten a la administración de Bush y a sus ideólogos neoconservadores¹⁰

—quienes al tiempo que postulan una política de reafirmación del poderío de los Estados Unidos en el sistema internacional son representantes de los grandes consorcios petroleros— un control de las áreas geográficas productoras o potencialmente productoras de petróleo. Afganistán, sin ser un país productor de hidrocarburos, constituye la base territorial perfecta para ejercer control e influencia sobre los antiguos países soviéticos de Asia central, tres de los cuales (Kazajstán, Uzbekistán y Turkmenistán) son productores de petróleo y gas y poseen reservas apreciables para el futuro.¹¹ La intervención militar a Iraq, al tiempo que, como se enunció más arriba, le permite controlar al segundo país con reservas conocidas de petróleo, después de Arabia Saudita, disminuye potencialmente la influencia que este último Estado ejerce sobre el mercado de hidrocarburos y políticamente sobre el mundo árabe y el mundo musulmán.

⁷ Para acercarse a una óptica distinta de la oficial del gobierno estadounidense sobre la intervención militar, véase Terzani, Tiziano, *Cartas contra la guerra*, Barcelona, Integral, 2002.

⁸ Para una cronología de los acontecimientos de Afganistán desde comienzos del siglo XX hasta el presente: consúltese http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/south_asia/1162108.stm

⁹ Para una visión de conjunto de la intervención anglonorteamericana en Iraq: http://news.bbc.co.uk/2/hi/in_depth/middle_east/2002/conflict_with_iraq/day_by_day_coverage/default.stm

¹⁰ Para una visión de la ideología de los grupos denominados neoconservadores en la política estadounidense véase: <http://www.pnac.info/blog/archives/000056.html> y para una visión crítica: <http://www.crisispapers.org/topics/neoconservatism.htm>

¹¹ Racine, Jean-Luc, "Le cercle de Samarcande: géopolitique de l'Asie centrale", en *Le Cercle de Samarcande, Hérodote, revue de géographie et de géopolitique*, No. 84, 2e trimestre de 1997, pp. 6-43.

Una panorámica sobre el despliegue militar de los Estados Unidos en la región permite una mayor comprensión de lo que realmente se está jugando en la región del Medio Oriente, de Asia central y de Europa del Este. La intervención militar estadounidense en la guerra de Kosovo (Balcanes), en 1998, permitió a los Estados Unidos consolidar un punto de apoyo militar para controlar el Mediterráneo oriental y proyectar sus fuerzas desde Occidente (con el apoyo de Turquía y de la OTAN) hacia el mar Negro y el Cáucaso. La ocupación de Iraq, como se mencionó más arriba, le permite proyectar su fuerza hacia el sur (Arabia Saudita) y hacia el norte (el Cáucaso y el mar Caspio) y la de Afganistán, proyectarlas hacia Asia central y el mar Caspio. De esta manera, tanto la guerra de los Balcanes (no provocada por los Estados Unidos, pero sí aprovechada) como la ocupación militar de Afganistán y de Iraq dan potencialmente la ventaja geopolítica a los estadounidenses del control presente y de las próximas décadas de la producción y reservas de hidrocarburos y de gas de esta región del mundo.

Para completar este análisis es necesario introducir la alianza

irrestringida de los Estados Unidos con Israel. Desde un punto de vista militar, tal Estado constituye una cabeza de playa en la geoestrategia estadounidense para el Medio Oriente. Las fuerzas armadas israelíes, eufemísticamente llamadas de defensa, constituyen la fuerza militar regional más poderosa, sin contraparte equivalente en ninguno de los Estados de la región que les hacen frente directamente, ni de sus fuerzas combinadas. Solamente basta recordar para corroborar esta afirmación las guerras mayores pérdidas por los países árabes en 1948, en 1967 y en 1973.¹² Israel constituye el cierre geoestratégico de los Estados Unidos para Asia central, el Medio Oriente, el Cáucaso y el mar Caspio.

La política exterior de la administración de Bush y el despliegue militar correspondiente, que sólo utiliza los acontecimientos del 11 de septiembre como pretexto para justificar una serie de acciones que, evidentemente, han estado y están en capacidad de realizar unilateralmente, pero que encontrarían (como de hecho comienza a suceder) resistencia aun de parte de sus aliados, consolidan la hegemonía estadounidense sobre el sistema internacional, la cual

¹² Desde la creación unilateral del Estado de Israel, en 1948, han tenido lugar cinco guerras entre los Estados árabes y el Estado judío: 1948, 1956, 1967, 1973 y 1982 (invasión de Israel al Líbano). Algunos analistas consideran las dos intifadas, la de 1987 a 1993, y la que tiene lugar desde septiembre de 2000 (levantamientos de la población palestina contra la ocupación israelí) como otras guerras.

aparecía difusa en los años inmediatos al fin de la Guerra Fría.

Para quienes observan la dinámica internacional, era obvio que la desaparición de la Unión Soviética dejaba a la otra gran superpotencia como el *hegemón* del sistema; sin embargo, existía (existe aún precariamente) una estructura institucional multilateral heredada del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la misma Guerra Fría que en cierta medida se constituía en un constreñimiento para la libertad de acción de los Estados Unidos.

La llegada de George W. Bush al poder permitió a los ideólogos neoconservadores (formados en la administración Ford y Bush padre) iniciar un ataque frontal contra las instituciones multilaterales y contra toda forma de cooperación que no servía de manera directa a lo que ellos consideraban los intereses nacionales de los Estados Unidos. Las circunstancias de la elección presidencial que cuestionaban la legitimidad de la presidencia de Bush fueron marginadas por los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y fueron inteligentemente utilizadas para desarrollar una agenda interna-

cional unilateral y de consolidación hegemónica.

Hoy, varios meses después del fin 'oficial' de las acciones militares en Iraq, la claridad de la estrategia de los Estados Unidos comienza a ensombrecerse. Realmente se han convertido en un fracaso las acciones militares —propiamente dichas— teniendo en cuenta el éxito que ha generado la victoria sobre fuerzas armadas minusválidas, el control real de los territorios y la consolidación de regímenes políticos 'clientes'.

En Afganistán, el gobierno de Hamid Karzai¹³ no constituye más que una autoridad local sostenida por soldados estadounidenses y mercenarios extranjeros sin ningún control sobre el resto del territorio, el cual está dividido en zonas bajo el dominio militar y político de los 'señores de la guerra', mientras en las zonas fronterizas con Pakistán se da un retorno sostenido de los talibanes y sus aliados. Afganistán hoy en día es un Estado desintegrado, sin viabilidad política y un factor de desestabilidad para la región, particularmente para Pakistán y su gobierno actual.

¹³ Hamid Karzai es el actual presidente de Afganistán, escogido en junio del año 2002, en una asamblea de representantes (Loya Jirga) de las 32 provincias del país y de las distintas comunidades étnicas. A pesar de este acto de legalidad, Karzai era el candidato de la administración de Bush y su seguridad, así como la seguridad del país, sigue dependiendo de la presencia de efectivos estadounidenses.

La situación en Iraq está fuera de control. Las fuerzas de ocupación estadounidenses y británicas han perdido más hombres por muerte y heridas en los meses desde que Bush declaró el fin de las hostilidades que durante la 'guerra' propiamente dicha. El triángulo sunnita, es decir, la zona central donde se encuentra Bagdad es donde mayor resistencia se pone a las fuerzas de ocupación. Pero la aprobación por parte del parlamento turco del envío de fuerzas combatientes a Iraq puede traer como consecuencia una ampliación de la resistencia de la población kurda al norte del país, la cual ha expresado a través de sus dos partidos políticos más representativos (el Partido Democrático del Kurdistán y el Frente Unido del Kurdistán) que no aceptará la presencia militar turca, y que, si es necesario utilizarán la fuerza para evitar esta presencia.¹⁴

Los recientes acontecimientos, en el momento de escribir estas líneas (11 de octubre de 2003), es decir, la creación del Grupo de Estabilización para Iraq y Afga-

nistán, a cargo de asesora en seguridad nacional, Condolezza Rice, que despoja de sus competencias a Donald Rumsfeld y a Colin Powell, secretarios de Defensa y de Estado, respectivamente, y que los coloca bajo la dirección del Consejo Nacional de Seguridad,¹⁵ son una expresión de cómo las expectativas geopolíticas de la administración de Bush y de sus asesores se ven contrarrestadas por las realidades de las sociedades que han sido invadidas y por los cuestionamientos que estas circunstancias ponen a la búsqueda de la reelección.

Por último, el otro gran tropiezo para la política exterior de los Estados Unidos es el fracaso total de la llamada *hoja de ruta*,¹⁶ que permitiría superar la actual intifada, la manifestación de la resistencia del pueblo árabe-palestino a ocupación militar israelí y despojamiento sistemático de sus tierras, a través de la apropiación ilegal por parte de colonos judíos de las tierras de Cisjordania y Gaza, ocupadas ilegalmente y en vio-

¹⁴ Véase "Turkish Deployment to Iraq: Unintended Consequences", en *Stratfor*, Oct 08, 2003, <http://www.stratfor.biz/Story.neo?storyId=223300>

¹⁵ Véase "Iraq Team: Bush's Subtle Motives", en *Stratfor*, Oct 10, 2003, <http://www.stratfor.biz/Story.neo?storyId=223403>

¹⁶ La denominada *hoja de ruta* (*road map*) hace referencia al 'plan de paz' propuesto por la administración de Bush para superar el actual conflicto entre la población palestina y el gobierno y el ejército israelíes y crear las condiciones para nuevas negociaciones. El apoyo irrestricto de Bush a las pretensiones del gobierno de Ariel Sharon invalidan cualquier posibilidad de retomar las negociaciones en condiciones de equidad y de poner fin a las violaciones permanentes de los derechos políticos y humanos de los palestinos.

lación de las resoluciones de la ONU correspondientes, y el uso de una violencia armada contra la población por parte de las fuerzas armadas israelíes.

Al cerrar este ensayo, quiero dejar en claro que al plantear la defensa de la resistencia palestina contra el terrorismo de Estado de Israel —asesinatos selectivos, destrucción de casas de familiares de activistas (suicidas o no) de la resistencia palestina, bloqueo sistemático a la circulación como forma de retaliación, etc.— no estoy defendiendo ni justificando el uso del terrorismo por parte de grupos palestinos y menos la expresión más aberrante de este terrorismo, los atentados suicidas.

Como conclusión, la ‘guerra contra el terrorismo’ de la actual administración estadounidense es simplemente el pretexto utilizado para poner en práctica una política exterior unilateral y de consolidación de la hegemonía de ese país en el sistema internacional, particularmente para establecer un control militar sobre las áreas y las regiones productoras y potencialmente productoras de petróleo y gas, es decir, las fuentes de aprovisionamiento energético para las próximas décadas.

La puesta en práctica de esta política se encuentra fuertemente cuestionada por la resistencia a la ocupación en Iraq y la ausencia de un gobierno viable en Afganistán y el empeoramiento del conflicto palestino-israelí. Igualmente, las pretensiones unilaterales de la administración de Bush comienzan a ser contrarrestadas por sus aliados de la Guerra Fría y por el sucesor de su antiguo enemigo, la Federación Rusa.

Nota del autor: si bien este artículo fue escrito en octubre pasado de 2003, considero que lo planteado continúa siendo válido. Más aún, los hechos que han tenido lugar al finalizar el 2003 y los primeros meses de 2004 corroboran lo afirmado. Los tropiezos, algunos podrían considerarlos reveses de los estadounidenses en Iraq, y en menor medida en Afganistán, no limitan las pretensiones geopolíticas de los ideólogos de la administración de Bush. El apoyo dado por el presidente estadounidense a la política de Ariel Sharon, de anexar parte de los territorios ocupados, otorgándole la ‘legitimidad’ de la potencia hegemónica a la desposesión de sus tierras al pueblo palestino corrobora, igualmente, lo planteado anteriormente.